Eduardo Blanco Amor

La catedral y el niño



galaxia

LA CATEDRAL Y EL NIÑO

Esta versión parte da 4ª edición impresa en 1997

1ª edición, 1948
1ª edición en Galaxia, 1997
1ª edición dixital, 2009

© Herdeiros de Eduardo Blanco Amor, 2009

© EDITORIAL GALAXIA, S. A. 2009
Avenida de Madrid, 44, baixo - 36204 Vigo
www.editorialgalaxia.com

ISBN: 978-84-9865-990-0

Deseño da cuberta
FRANCISCO MANTECÓN

Eduardo Blanco Amor

LA CATEDRAL Y EL NIÑO



"... discreto lector, no te des a entender que lo que en el presente libro se contiene, sea todo verdad; que lo más es fingido y compuesto de nuestro pobre saber y bajo entendimiento..."

Juan de Timoneda

"... y ésta no es una historia, sino una cierta mezcla de cosas que pudieron ser..."

Lope de Vega

PRIMERA PARTE

LA CATEDRAL

CAPÍTULO I

La catedral, como casi todas, estaba en medio de la ciudad, y era, también como las demás, un inmenso navío entre pequeñas embarcaciones movedizas, un gran señor entre vasallos obscuros, un príncipe de la Iglesia entre la turba polvorienta de los fieles arrodillados...

Su cuerpo subía propagándose en el aire, sin una duda, tan seguro en su vertical soberbia, con los contrafuertes tan adheridos a su tronco de granito, como si en vez de apoyarse en ellos fuesen excrecencias rezumadas de su inmenso poder.

No era una catedral cuajada en el gesto primario de una expresión unánime, naciendo y muriendo en el suelo del mundo, después de haberse consentido apenas una aérea evasión de bóvedas y arcos de medio punto, destinados a probar la energía ascensional de la idea divina para humillarse de nuevo sobre la osamenta del planeta.

Ni era divagatoria y silogística, afirmando la fe por lo absurdo con una dialéctica de ojivas, empeñada en alcanzar a Dios mediante el rítmico escalonamiento de unas razones de piedra.

No era, tampoco, al menos de un modo unilateral, retórica y conceptista, perdida de sí misma y de su sino, en las metáforas de los arcos quebrados, de las columnas centrífugas o de las pirámides sosteniendo esferas: símbolos de una demostración espiritual que niega leyes a la materia, con los vórtices delirantes de las balaustradas, ménsulas, cartelas, florones, bestiarios... cayendo en cataratas o volando en pesadillas por muros, torretas, cornisas y fachadas.

Esta catedral, en la mayor suma de sus accidentes, era unos pardos muros sin edad, apenas sensibilizados por algún rosetón

abierto en ellos como un incurable lanzazo milagroso en el costado de un paladín. Sobre el crucero flotaba un cimborrio casi musical de afiladas cresterías góticas, que guardaba tan poca consecuencia con la intención y con las manos que habían erigido la mayor parte del resto de la fábrica, que, sin duda alguna, había caído del cielo para suavizar tanta rudeza. En el paramento que daba a los trasaltares de la girola, las altas ventanas traían, a través de la recia espesura de sus arcos declinantes, hasta las luces callejeras, un vaho de sombra azul que desbordaba allí, entre el tierno verdor de los líquenes o lanzaban hacia adentro —según las horas celestes— una oblicua claridad multicolor que caía sobre los alegres altares barrocos o sobre las graves tumbas de los obispos: ventanas que, de pronto, se tornaban increíbles, con sus repentinas guirnaldas de agitados vencejos, sus incendios crepusculares, ya la ciudad en sombra, y sus hierbajos manchados del orín de las rejillas de alambre, protectoras del vitral, que al ser inflamados por el sol revelaban una primorosa floración cobriza.

Y en lo alto de todo, los desvanes inmensos, descansando sobre la nervatura de las bóvedas, volando a sesenta varas del suelo, y los pasadizos negros y secretos con la presencia abrupta de los lechuzones que ponían sobre el rostro del furtivo visitante el aleteo invisible de una muerte soplada.

Del tejado de las naves veíase arrancar la torre grande, esbelta, a pesar de su fortaleza imponente, con la diadema de las campanas: palomar sonoro desde donde se flechaba hacia el confín, junto con la llamada de Dios, el vuelo de las leyendas.

Pero, a pesar de todo, el templo ablandaba en el rodapié de su sombra formidable algunas ternuras que los chicos de todas las generaciones habían descubierto y utilizado para su goce, trocándolo en su mano juguete de piedra: el atrio de la Fuente Nueva con los sometidos lóbulos de sus balaustres por los que se podía gatear hasta alcanzar su ancha baranda, la reja también escalable, y el riesgo de alguna pequeña rampa por la que poder deslizarse: aquellos matarrincones con que los señores canónigos fabriqueros, haciendo salientes de las entrantes, prevenían las urgencias irreverentes de los borrachos, que salían de la taberna del Hervella para desaguar allí sus vinos, en las partes sombrizas, sin hacer el menor caso de la ad-

vertencia que gritaba desde la pared, con letras de chafarrinón y bronco eufemismo ibérico: "Prohibido hacer aguas".

Por la otra fachada, como cosquilleando los muros intratables del lado norte, que era el más antiguo de la estructura trabajada durante más de cinco siglos, abríase un atrio barroco, en voladizo sobre dos rúas, con todos sus paramentos escalables, bastando apenas apoyar el pie en las hernias de la cantería, que no dejaban sosegar ni un palmo de la piedra. Y sobre todo había allí el incomparable secreto de la reja, que conocíamos unos cuantos iniciados del barrio. Se trataba de una barra floja que podía hacérsela girar, moviéndola sobre sus apoyos, hasta que coincidía con la curva de la próxima, también deformada, dejando espacio suficiente para que pudiéramos colarnos hasta la estupenda solana del atrio y gozarla como amos absolutos, ¡y de noche!, los chicos para contar aventuras llenas de miedos imaginarios, los grandes para fumar y todos para jugar un *marro* espectral, casi en las sombras, o para estorbar el paseo de las gentes que iban por la calle de la Paz o la de las Tiendas, con graznidos, falsetes, risotadas o alusiones a los motes de los transeúntes: "¡Cotrolía!" "¡Doña Vendolla!" "¡Don Silbante!" "¡Nicolasín!"...

Las casas del pueblo llegaban en arremolinamiento borrascoso a chocar contra aquel acantilado, eran un agolpamiento de tejados que venían desde los verdes del paisaje a escachar su penacho de ola contra el quieto arrecife. Las campanas, de voz atolondrada, de voz triste, de voz letal, regían la vida del burgo y eran su alto calendario de normas y sucesos. En el buen tiempo se desplazaban en aturdidos giros transparentes, como círculos de aves fundiéndose en la luz solar. En el lluvioso, sonaban opacas, distantes y próximas a la vez, con un glogueo sumergido en la blanda modorra de los orballos.

En medio de las cambiantes arquitecturas y huidizas voces de la vida civil, era la catedral la soberbia terca y permanente de una conciencia inmortal y sus campanas las voces admonitorias que arrojaban, hora tras hora, sus paladas de muerte sobre el gárrulo blacear de los humanos que se agitaban allá abajo, aparentemente desentendidos, por sus sendas de hormiguero.

El burgo esperaba las órdenes del templo para amanecer, para trabajar, para comer, para amar, para dormir. Antes de que el

día fuese una rosada sospecha en los más apartados horizontes, ya la campana mayor, con el toque de misa de alba, abarcaba en la cúpula de sonido negro todo el presumible contorno, como acotando los límites del día; y a fin de que la aurora, que llegaba desperezando sus vapores por los altos del Montealegre, pudiese hacer pie, filtrándose por los toldos boscosos del valle, la "prima", campana de voz impúber, agitada en presurosa síncopa, limpiaba con su claro pañuelo las legañas de las ventanas y ordenaba el primer desfile de las golondrinas.

En medio de los inestables rostros de la vida civil, la basílica era el punto referencial de una quietud que ni se dejaba subyugar por la mutación de lo natural, que en aquel sitio del mundo todo lo contamina y modifica con el *tempo* de sus cambios: incluso las almas y las cosas de la quietud. No obstante, como sobre un gigante dormido, los dedos del aire traicionaban esta pasividad e iban poniendo suavemente en los costados de la mole el gualdrapeado de los líquenes que, con su coloración, la hacían participar del cambio de las témporas. La sobria emanación vegetal laminábase contra los planos y curvas del granito, llenando sus poros de sutil materia cromática. Y así la catedral era plomiza en los inviernos, hasta participar en la presencia vaporosa de las nubes bajas; en la primavera los musgos la acuchillaban de ángulos verdes, como terciopelos ajironados; en el verano la decoraban unos grises de acero brillante, atemperados por lampos de un rosado carnal, y en el otoño era como una acumulación de bloques de oro, asaeteados por los combates flamígeros de unos crepúsculos de tan belicosa, arcangélica acometividad, como no he vuelto nunca a gozar ni a sufrir...

CAPÍTULO II

La sombra de la catedral era para mí como una presencia no admitida de la imbatibilidad del destino. Su vecindad me acercaba a una plástica intuición de lo eterno, tan potente y veraz, que la vida del pueblo, la de las gentes extrañas, la de las gentes mías, se me aparecía como sin sentido final, vacua en sus requerimientos de prioridad y de perpetuidad y, por veces, grotesca en la obstinación orgullosa de tan deleznable materia y de tan inconsistente afirmación frente a aquella perpetua y segura presencia.

Desde el comienzo de esta intuición, nada lúcida en aquellos años, se entabló entre el templo y mi ser más insospechado y seguro, una brutal dialéctica sin palabras, hecha de rudas y borrosas mociones instintivas; una callada lucha en la que aspirábamos, sin saberlo, a un dominio recíproco, o a una no confesada anulación mutua. Sabía yo, también sin saberlo, desde los hondones de una razón no formulada, que si me dejaba abatir por aquella potencia sin escrúpulos no tardaría en ser transfundido en ella, absorbido por tan fuerte presencia espiritual, sin más posible evasión del alma ni aun de los sentidos que los que ella me consintiese.

Este bilateral merodeo daba de sí muchos testimonios.

Si yo pretendía pasar de largo frente a sus pórticos cuajados de profetas desvaídos y acusadores, o si cruzaba sus naves con pie ligero, temeroso de resonancias, bajo la inmóvil amenaza de los santos ecuestres, frente a la dulce insinuación de los santos peregrinos o ante la pétrea mirada de las vírgenes de esguince danzarín y preñado talle, luego sentía en mi nuca, a lo largo de la espalda, fuera y dentro de mis carnes, no sé qué extraños palpos de

fría precisión que inmovilizaban con su contacto mis vitales resortes, espaciándome la marcha y acelerándome el resuello. Y si alguna vez cedía a los mudos halagos o amenazas y me quedaba sentado en la basa de un haz de columnas, perdido en aquellas agitadas soledades, cruzadas por el combate policromo de las vidrieras o invadidas por las blandas mareas del órgano, no tardaba en penetrarme una lenta saturación de tan exquisito cansancio, una soñera tan perversa y agónica, que mi imaginación se recreaba, flotando en la linde de lo irreal, en la patente veracidad de aquellas leyendas de santos eremitas que permanecieron cien años envueltos en el canto del ruiseñor.

Desde muchas generaciones las gentes de mi familia habían nacido, vivido y muerto en una casa de tres pisos, situada frente a lo que debió haber sido la fachada principal del templo. Nos separaba de él la calle de las Tiendas, cuya anchura podían cubrir tres hombres cogidos de la mano. La galería de nuestro tercer piso alcanzaba apenas a la altura del arranque del gran pórtico exterior que daba primitivo acceso a la nave principal; pues el templo estaba armado sobre los desniveles de la ciudad construída al caer de una montaña, y por el lado que enfrentaba a nuestra casa se interrumpía bruscamente sobre un muro coronado de un balaustre, que tenía en su parte inferior, donde habían sido las antiguas bodegas y criptas, unos tabucos abiertos a ras de la calle, en bóvedas de medio cañón, ocupados por unos hojalateros, inquilinos del Cabildo, que llenaban la fimbria de las cercenadas bóvedas con el cabrilleo de los enseres de su trato. Realmente el templo había sido como guillotinado allí por la fantasía municipal, que le amputara, dos siglos atrás, una magna escalinata, la cual, partiendo del pórtico, bajaba a través de lo que luego fue nuestra manzana, hasta una calle que seguía llamándose de la Gloria, aunque estaba, en aquellos hogaños, toda ella ocupada por fragantes tabernas.

Yo abrí los ojos a la tierna solicitación de las cosas de este mundo mirándome en aquel impasible bastión que afirmaba la terquedad de su misterio frente al dócil temblor y a la amante claridad de todas las otras imágenes y que ya, desde aquellos días primarios, me dio muestras de su poder secreto, de su implacable

irreductibilidad. Entre otras, figura el que de allí me viniese la primera mención cabal del miedo: del miedo puro, sin causa precisa, de ese miedo que otros encuentran en la oscuridad de las casas, en los bosques, en el mar, en los resplandecientes cuchillos o en los ojos de las gentes. Los rincones de nuestra vieja casa, aun los más intransitables recovecos de ella, desalojaban de inmediato sus terrores en cuanto nos acercábamos con un quinqué o raspábamos una cerilla. Es verdad que a nuestro fallado, bajo el ángulo del tejaván, era temible entrar de noche y asistir al chirriante susto de las ratas, tropezar con los baúles-mundo y los maniquíes de mimbre, que se movían al encontronazo como si tuvieran vida, o sentir el abanicazo de un murciélago en el rostro como el propio aliento del terror. ¿Pero qué era todo ello comparado con el simple roer del viento en los ángulos de las torres en las noches de ululante noroeste, o ver al monstruo moverse, con el despacioso encabritamiento que le permitía su mole, bajo los arponazos de una intermitente luna, acometiéndole por entre nubes opacas y veloces, de bordes incandescentes...?

La ventana de mi cuarto daba, frente por frente, con la columna del parteluz del gran arco doble que, como ya queda dicho, había sido en otro tiempo el pórtico de entrada. Coronando el capitel de esta columna, un pequeño David toca allí, desde hace seis siglos, su arpa de piedra. Su yerto perfil, su lobulada diadema, su rígida barba, y su mano triste sobre el cordaje, componían una de las más poderosas imágenes del bronco acertijo contra el que rebotaban las preguntas sin palabras de mi niñez. Cuando algunos días al año nos levantábamos al amanecer para asistir al Encuentro de Jesús, el Viernes Santo; para irnos a la aldea en verano, o para algunas misas de cabo de año, el David sedente, con los plegados rígidos de su pétreo sayo matizados de verdín, aparecía encuadrado en mi ventana, envuelto en el débil resplandor mañanero, con una delicada presencia de cristal lacustre. Por las tardes, a la hora de la siesta, cuando su escueto perfil se recortaba contra el estruendo encendido de los grandes vitrales blancos, que cerraban los arcos a ambos lados, su corona ardía como tallada en diamantes, y sus pies lanceolados caían con abandono del capitel, danzando finamente en el aire, mientras su mano de oro resbalaba por el cordaje

como siguiendo el canto del órgano lejanísimo que filtraba las antífonas canonicales a través de los encajes de la piedra.

Un día entre los muchos de este diluido drama primario, vi, con repentina aclaración, que tal vez sería posible resolver dualismo tan caprichoso: en vez de sentir el templo como una incansable enemistad, como una agresiva fuerza mágica, trataría de hacerme amigo suyo para dejar de ser su esclavo. Escucharía con párvulo corazón sus bisbiseos maravillosos, y yo le contaría mis secretos que, ya liberado de su temor, no serían tantos; me acercaría a su dura inmensidad con el alma abierta en todos sus pétalos, con su tierna caricia no estrenada, confiándola al ejemplo de su energía, infiltrándola de la perennidad de su símbolo. Y así fue como comencé a devorar la lenta y amarga desazón que había de rodar por mi sangre ya toda la vida, desacordando su ritmo con el de casi todas las cosas entre las que me tocó vivir.

CAPÍTULO III

Auria, mi ciudad natal fundada hacía dos mil años como una necesidad militar del Imperio Romano, y habitada y enriquecida luego, como punto termal, por funcionarios y señores coloniales, pasaba hogaño por ser un pueblo enteramente sometido a la Iglesia, por un "pueblo levítico", como decían los progresistas locales, sin saber cabalmente lo que decían, como suele ocurrirles casi siempre a los progresistas que adoptan las grandes palabras no en vista de su significado sino de una aproximación vagamente sonora al objeto que quieren declarar. Pero no era verdad. Auria, al menos en el mayor número de sus gentes, no era "levítica", ni "nea", ni "ultramontana", ni nada que cupiese cabalmente en los tonantes epítetos del liberalismo.

La catedral figuraba como la más hermosa anécdota de su pasado —junto con el puente de Trajano—, como un bello anacronismo enfáticamente ignorado más allá del orgullo que causaba en los aurienses su presencia corpórea, material; aunque, en verdad, el más calladamente admirado por el pueblo y el más incansablemente interrogado por los eruditos, en cuyo ilustre grupo se mezclaban los de condición reaccionaria y los de proveniencia liberal y atea. Pero los embates, que eran en aquellos años muy ardidos, de las "ideas avanzadas", no enfilaban casi nunca hacia aquella imbatible pasividad las saetas de sus proposiciones y sarcasmos, salvo que de allí partiese la iniciativa. El contacto polémico entre Dios y los hombres tenía lugar en las trincheras de vanguardia que eran las parroquias. Por su parte los predicadores del Cabildo, salvo raras excepciones, por cierto muy mal vistas, jamás descendían

hasta el chapoteo de la actualidad política o social, y se mantenían dentro de una retórica orgullosa, más allá de lo fugitivo y secular, ocupados, con fruición antigua, en escudriñar las materias teologales, en esclarecer, para el vulgo de la creencia, el sentido místico de ciertas festividades de indiscriminable nombre, como la Asunción, la Pentecostés o la Candelaria, en elevadísimos sermones que la grey jamás entendía; lo que prolongaba, junto con aquellas egregias invenciones de la Iglesia triunfante, el prestigio de sus exégetas y comentadores.

Los ballesteros de la creencia, la arriesgada cetrería de la Iglesia militante y purgante, estaba en las parroquias, en aquellas barbacanas situadas en la periferia del núcleo central de la fe, para contender con armas parecidas a las de sus merodeadores. Por ello los creyentes más significativos de Auria las frecuentaban, las enriquecían, las alhajaban en infatigable emulación, con lo cual las iglesias parroquiales se complicaban de cuerpo y alma en las tornadizas veleidades del burgo y apenas conservaban de su dignidad fundamental las arquitecturas básicas en las fachadas bellísimas, auténticas, imperturbables, frente al ignaro celo beato que iba aplebeyando sus interiores con los emplastos y cromos adquiridos en los bazares litúrgicos, que ya comenzaba a propagar los destrozos irreparables de su ojivalismo industrial de cartón-piedra.

Las parroquias eran la beatería del mismo modo que la catedral era la religiosidad. La gente rica acudía a ellas, en feria de vanidades, como si fueran doradas taquillas donde comprar una localidad para el cielo; y el pueblo las frecuentaba por comodidad, por sentido local de barrio, para asistir al lucimiento de la misa de tropa —que luego de un conflicto, que duró varios años, se dispuso su celebración alternada en todas ellas— o para oír los sermones de algún orador forastero que llegaba a predicar un novenario precedido de buena fama de listo y liberal.

Mas cuando algún hombre o alguna mujer llevaban en el alma, como una escaldadura, uno de esos problemas de conciencia o de conducta que rebasan con su tumulto la organización de las ideas y sentimientos, entonces era a la catedral donde iban a buscar, en su tibia penumbra materna, la paz, el sosiego, la redención por las calladas lágrimas, y no en el esplendor solemne de las

grandes naves, sino en los rincones penumbrosos de las capillas: en el Santo Cristo, en Nuestra Señora de los Ángeles, en el Jesús de los Desamparados...

Pero Auria no era un pueblo religioso, al menos en el sentido en que el inocente jacobinismo indígena lo denominaba cubil del fanatismo, y a la catedral, en el verso de un poeta excomulgado, monstruo hidrópico, obedeciendo también a razones de inextricable sentido. No, las cosas eran allí mucho más modestas y vulgares.

Sin embargo, las gentes rezadoras y principales tenían gran poder y mostrábanse duras de entraña, secas de meollo y de famosa intolerancia. Y como, por poseer el dinero, eran las que regían la política y la influencia, Auria daba de sí unos diputados a Cortes que, además de ser una verdadera miseria mental y moral, alteraban, ante los extraños, la imagen de la ciudad. Pero Auria no era nada de eso; nada cubil, empezando ya por su ser en naturaleza y paisaje. Tendíase en la caída de un alto castro barbado de pinos, a lo largo de un río lento, ancho, patriarcal, que corría por entre viñedos buscando los valles del Ribero con su alegría frutal y su pachorra dionisíaca. Una literata le había llamado, con trabajada frase decimonónica, "bacante tendida entre viñas"; y las alabanzas antiguas, las de los itinerarios clásicos, las de los poetas medievales y de los escritores más hacia nuestros días, se referían a ella con elogios para su condición de abundancia y gozo en la producción y en el uso de las cosas que halagan el sentido. Las leyendas de glotones y el recuento de célebres comerotas contaba por mucho en las tradiciones de la ciudad. Y en otro orden de cosas, todos los años recibía la Inclusa buena copia de críos nacidos de tapujos de la lujuria o de secretos amores; y, por su parte, los productos legítimos de los matrimonios eran célebres por su abundancia; todo lo cual prueba que las actividades de los aurienses distaban mucho de ir, tanto en lo normal como en lo clandestino de las costumbres, por las duras vías del ascetismo y del renunciamiento.

No; a pesar de la aparente fisonomía que le prestaba la "sociedad" beatona, Auria no era un pueblo religioso. Dentro de la monotonía de su vida, la religión era un aspecto, un matiz, que, según los espíritus, venía a desembocar en una rutina, en una diversión o en una escapatoria, y muy excepcionalmente en una

pura ascensión hacia Dios por la escala de la superación y desprecio del mundo. Quiero decir, en suma, que si bien la catedral regía, con la lengua de sus campanas, la norma de la ciudad, no condicionaba sus modos profundos de vida, quedándose sus admoniciones más bien flotando sobre la superficie de lo habitual, de lo consentido o de lo rutinario.

La casta de los canónigos era respetada, sin saberse a punto fijo el porqué, tal vez por su altivo alejamiento de los asuntos seculares, salvo muy pocas excepciones, y en cuanto al obispo, remoto, inaccesible, en el gran cubo berroqueño de su palacio, antigua mole ceñuda, sin estilo, casi sin ventanas al exterior, se le consideraba como un adorno local, con sus mitras ceremoniales, sus largas colas de brillantes sedas los días de solemnidad basilical, su pectoral de oro y su anillo de amatista que los niños besábamos, por antigua costumbre, cuando bajaba del charolado landó, tirado por mulas relucientes, negrísimas, para entrar en la catedral o en las parroquias con motivo de las funciones patronales. A veces se le encontraba paseando al sol por la carretera de Los Gozos o de Ervedelo, acompañado del presbítero familiar; pero allí, fuera del casco pétreo del burgo, transfundido en un blando paisaje de álamos y praderías, Su Ilustrísima perdía mucha de su significación y casi toda su imponencia, al trocarse en una especie de cura carnavalero, baldeando el manteo escarlata y con los ringorrangos de las verdes perillas colgándole por la parte posterior de su teja de felpa.

CAPÍTULO IV

También aquel domingo de Pascua me desperté con el rumor de fregoteo que llegaba desde la cocina, común a todas las mañanas de domingo, destinadas al ensañado pulimento de potes, sartenes y peroles. Tal ruido de zafarrancho casero venía siempre acompañado con el olor de la fritanga de los churros correspondientes al chocolate dominical. A las ocho, también como los otros domingos, oí el campanilleo con que la asistenta de la Filipina, célebre planchadora de brillo, se anunciaba desde el zaguán, tres pisos más abajo.

—¡Sube! —chirrió, como otras veces, la Joaquina, antiquísima criada nuestra, después de haber trotado con su pasico óseo el descanso de frente a mi cuarto y de haber tirado por el cordel que abría, desde arriba, el picaporte, mediante una rara complicación de alambres y fallebas.

La asistenta de la Filipina subió haciendo crujir el maderamen de la escalera, se detuvo en el segundo piso y llamó con los nudillos a una puerta, gritando:

—Doña Pepita, doña Lolita, doña Asunción... ¡Ahí les quedan las faldas, y que ustedes lo pasen bien! —y se fue, galopando, por los peldaños.

—*¡A modo, cabalo grande!*[1] —alborotó Joaquina, desde la baranda, en su insobornable prosa regional.

Frente a la puerta del piso de las tías quedaban, sobre las tablas del piso, relucientes, fregadas con arena y carqueja a horas de

1. ¡Con cuidado, caballote!

un amanecer que nadie supo jamás a qué horas ocurría, las tres enaguas, de pie, apoyadas en sí mismas, rizadas, encañonadas, escaroladas, como tres damiselas cercenadas por la cintura.

Todos estos signos, junto con los finales tañidos de la "prima", mi campana predilecta, que volteaba durante una hora seguida, anunciaban la presencia de mamá en mi cuarto. Ya estaba yo despierto hacía un rato largo; ya había echado una mirada al David, cuyo aire de ausente y dulcísimo pasmo era mucho más abobado y candoroso las mañanas de fiesta, con su diadema ablandada de palomas (¿de dónde venían, los días de fiesta, aquellas palomas de alas perladas y cuellos de metal?), su boca lánguida y sus manos en paz sobre el cordaje.

También había oído ya el tintineo que armaban los hojalateros colgando sus ristras de candiles, alcuzas y embudos en los arcos de sus tenderetes, y el herrado tamborileo de los borriquillos aldeanos, que llegaban, con su trote fiestero, a las primeras luzadas del día, trayendo frutos de la tierra para el mercado del domingo. Igualmente habían ido pasando el Bocas, llevando en vilo su vozarrón, como una inmensa viga, pregonando *El Eco,* diario local; Rosa la *Fortuna,* con su noble contralto, que me traía hasta debajo de la lengua la mención golosa de la cochura reciente de sus empanadas, y el Zúmballo, viejo gigante tuerto, de larga capa cobriza en toda estación, que matizaba las mañanas de Auria con el cabrilleo marinero de sus pescados lanzados en pregón desde las esquinas, unidos al nombre de sus vendedoras, en la Plaza de la Barrera:

—¡Hoy, congrio gordo...! ¡Lo tiene la Eudoxia! ¡Sardinas vivas! ¡A real, a real! ¡Las vende la Canóniga...!

Era muy grato ir atrapando así la vida, continuada día a día, mediante aquella fragmentada integración de ruidos y voces familiares. Y era curioso que ocurriendo siempre todo ello de modo tan semejante tuviese siempre el mismo aire intacto y sorprendido.

Dentro de este orden de sucesos, totalmente previstos y sorprendentes, figuraba el que yo me hiciese el dormido cada vez que mamá entraba en mi cuarto para despertarme —sólo ocurría los domingos— anunciada por el aura olorosa del soconusco, espeso, monástico, y por la punzante alusión aceitosa de los churros.

Mamá, como otras veces, se sentó al borde de mi cama. La miré por entre los párpados contraídos. Estaba realmente hermosa con su *matiné* de seda azul, su cara de Santa María la Mayor —la misma boca gordezuela, la misma garganta ligeramente convexa, idénticos ojos opacos y negrísimos— y la frente tersa, como labrada en una materia dura, que aparecía encortinada por los bandós del pelo castaño claro, recogidos sobre la nuca en un moño de trenzas. Además era muy fácil imaginársela, en tocado "de salir" o de visitas, que era como más me gustaba. Bastaba con figurarse aquellas ricas matas meladas, alzándose en airosas cocas, a los lados de la raya blanquísima, centradas en medias viseras sobre la frente, dejando al aire las sienes con la azul geografía de las venas y las orejas de lóbulos acarminados, pequeñitas, minuciosas, transparentes, pendiendo de ellas los lagrimones del coral o los agitados calabacines de oro portugués.

Espiándola por entre las pestañas, vi sus manos de abadesa joven partir delicadamente el churro y hundirlo en el chocolate, mientras sentía yo en los recantos de la boca una fluxión tibia y abundante como la propia materialización de la gula. Y cuando, posada la bandeja en la mesilla, una de sus manos se apoyaba en mi hombro para despertarme con una leve sacudida, yo, repitiendo la gracia de otras veces, me incorporaba bruscamente con los ojos espantados y la boca muy abierta, como un pájaro hambriento. Reíamos los dos, también como siempre, y después del beso y de los buenos días, tomaba de sus manos el chocolate, tendido en tan espesa capa sobre el churro que nivelaba sus estrías, equivocando adrede el mordisco, cuando el pedazo iba disminuyendo, para sentir entre mis dientes el fingido susto de aquellas amorosas pinzas de tibio y blando marfil.

Sin embargo, todo lo hacía ahora con un gesto ausente, como volviendo, sin atención, por antiguos caminos del ademán, en procura de hallazgos que ya no se repetían. Su alegría no era la de antes y sus carcajadas infantiles se interrumpían de pronto como asustadas de su propio sonido. En repentina introversión sus ojos dejaban de mirar, detenidos en un punto y se la sentía como cayéndose hacia dentro de sí, en una lenta zambullida, de la que regresaba con sobresalto cuando se sentía observada.

Aquel domingo de Pascua su aspecto semejaba aún más preocupado que en los últimos tiempos. Coincidía con otros desdobles de su carácter que databan de aquellos días amargos en que los disgustos con mi padre entraban en alguno de sus períodos críticos, agitados, luego de unos plazos llenos de ceños, de crispados silencios o de súbitas descargas de llanto.

Pero salvo las recaídas melancólicas, propias de una especie de duelo virtual que mamá guardaba desde que, hacía seis meses, el consejo de familia había impuesto la separación de cuerpos, no veía yo razón alguna que justificase la reaparición de aquella activa amargura y de aquel estado ansioso, como en la proximidad de algún daño desconocido y esperado, que tan bien le conocíamos, y que solía coincidir con alguno de los disparates de mi padre: un lio de juego, de faldas o de política; una hipoteca absurda o, una venta irresponsable.

La separación había sido llevaba a cabo, después de un largo tiempo de disgustos y de interminables disputas, la misma noche que la acordó el consejo de familia, dejándonos a todos una sensación no sólo de alivio sino de catástrofe frustrada. El debate final, al que acudieron parientes de ambas ramas —asesorada la de mamá por don Camilo, antiguo procurador de mi abuela, y representando a la de mi padre el deán de la Trinidad, que había sido confesor, amigo y compañero de cazatas de mi abuelo paterno—, había empezado a las diez de la noche y terminó hacia las dos de la mañana, hora insólita para Auria, que sólo hallaba de pie a la gente en graves males, agonías o velatorios. Mi padre se había paseado horas enteras por la saleta del primer piso, con andar alobado, silencioso y frecuentes carraspeos del tabaco y del ron. Yo me había quedado allí, disimulado entre cortinas, aprovechando el hallarse todo desordenado, y había oído, por la puerta entreabierta, los remusmús que llegaban de la sala grande, llena de personajes con aire solemne, y que de cuando en cuando tornábanse en voces airadas, donde entraban las criadas Joaquina y Blandina, la nueva, llevando bandejas con vasos de agua y esponjados de azucarillo, copas de oporto y jícaras de café. Me había extrañado mucho que mi padre estuviese allí, solo, en la contigua saleta del Sagrado Corazón, dando aquellos paseos de sombra, con unas

pantuflas de orillo que no le conocía —quizás no fuesen de él— y que le afelinaban el andar, haciéndoselo elástico, traicionero, como atigrado, denunciado apenas por el crujido de las tablas y el tintineo de los prismas de la araña de cristal francés. Las criadas, que me descubrieron agazapado en un cortinón, me empujaron a la cama, con un aire presuroso y cómplice. Tardé mucho en dormirme, furioso al descubrir que mis hermanos mayores, María Lucila y Eduardo, no estuviesen en sus cuartos, por lo que deduje que les habían permitido asistir al consejo de familia; cosa que, al otro día, comprobé no ser cierta, pues los mandaran a cenar y a dormir a casa de los primos Salgado.

Al día siguiente también, Joaquina me enteró, con sus acostumbradas medias palabras, que mi padre se había ido a la aldea por una cuestión de rentas. Pero yo sabía que no era verdad, que se había ido para siempre. Sabía igualmente, por conversaciones fragmentarias, pescadas de un lado y de otro, que por su condición de manirroto y soberbio ya un anterior consejo le había privado de la administración de los bienes personales de mamá y que, a fin de que pudiésemos continuar viviendo con cierto decoro, intervendrían en la administración de los mismos mi tío abuelo, Manolo Torralba, y Modesto, hermano de mi padre, lo cual distaba mucho de ser una garantía, pero...

Quiero decir con todo ello que la pesadilla de los tumultos, riñas y discrepancias que habían ensombrecido tanto tiempo aquella casa, no figuraban ya entre nuestros motivos de temor desde hacía medio año, al menos en la forma terrible e impensada en que solían sobrevenir, a veces en medio de la noche, como los reventones de una tormenta.

Mamá había aceptado aquella solución con un silencio difícil de ser interpretado, y se dedicó a nosotros con un celo aún más ardiente y dramático.

No podía, pues, explicarme aquel aspecto, más que de tristeza, de susto, que mamá tenía aquella mañana de domingo de Pascua. Pero nuestra amistad era entrañable y no podíamos mantener mucho tiempo nuestras mutuas reservas. Conservaba ella, como trasfondo de su carácter grave, una zona infantil que su existencia prematuramente empujada a las más brutas responsabilidades ha-

bía dejado intacta. Allí coincidíamos para nuestra inteligencia en todos aquellos asuntos que requerían una valiente franqueza basado en dos sentimientos innatos que eran en nosotros de fuerte raíz: el de justicia y el de sinceridad. Así que tenía yo la absoluta certeza de que todo me sería revelado antes de que abandonase mi cuarto.

Tomé un buche de leche, me limpié los "bigotes" en la fresca servilleta de alemanesco y me arrebujé de nuevo con los pies engurruñados en la tibia franela del camisón. Mamá se levantó del borde de la cama, cerró bien la puerta, y poniendo en orden la colcha, exclamó, hablándome con aquel acento entero, seguro, como cuando se dirigía a los mayores:

—Bichín, estuvo tu padre a verme...

De un brinco me senté en la almohada.

—¿Cuándo?

—Anoche. Me mandó un propio al anochecer y hemos hablado un momento, en el callejón de San Martín.

—¿Te vieron?

—Creo que no; todavía no habían pasado los faroleros.

Me quedé un rato pensativo debatiéndome, como siempre que de ellos se trataba, entre los distingos de aquel lúcido amor y de aquel rencor más deseado que admitido.

—Hiciste mal en ir.

—¿Por qué? —dijo mamá sin volver los ojos.

—Porque ese hombre es malo.

—*Ese hombre* es tu padre... Y no creas que me halagas al no llamarle como debes.

Hizo una pausa para recuperar el dominio de su voz curiosamente destimbrada hacia la voz blanca, como de enferma.

—Además no es malo —añadió—. La gente no es buena ni mala, es como es. Tu padre... En fin, dejemos a tu padre... Un loco, un aturdido; pero malo... malo...

La voz se le fatigaba de tanto acometer, una vez y otra, las idas y vueltas de aquel problema tan repensado, tan insoluble, hastío casi a no tener causas tan perennemente vivas.

Recogió los enseres y los colocó muy ordenadamente en la bandeja tratando luego de aquietarse con el ceremonial minucioso

de un superfluo arreglo del cuarto, que culminó en la amanerada disposición de los pliegues de la cortina que recuadraba la ventana... Luego se quedó mirando extrañamente hacia el David, sumergido en la claridad matinal. Yo me asusté. Aquella posible relación entre "ellos" me apretó el pecho con angustia increíble, como si algo de mi intimidad más exclusiva fuese a ser doblemente violado. Sentía confusamente que si aquellos dos elementos de mi mundo entraban en contacto, ¡qué iba a ser de mí! Me levanté y con violento ademán corrí la cortina. La habitación quedó en una penumbra verdosa y los ojos de mamá empañaron aquel súbito brillo inquisitivo que la había llevado hasta la frontera de mi celado universo.

—¿Qué haces? —preguntó, extrañada ante aquella precaución para ella inútil, pues la ventana no daba entrada a la curiosidad de nadie.

—Pueden oírnos —dije, consciente de la endeblez de mi disculpa. Y a fin de que no insistiese sobre el punto, añadí rápidamente—: ¿Y para qué estuvo a verte?

—Dice que debes irte con él —exclamó, como aliviándose de un peso.

—¿Quién, yo? ¡Yo no me voy con él! Mi padre es malo —repliqué sin demasiada convicción.

—Te repito que no es verdad; demasiado lo sabes. Además le quieres.

—Claro que le quiero —dije con la voz contenida, después de una pausa, como dejando escapar una dolorosa confidencia, mientras pasaba por la frente de ella una rápida sombra de ceños. Y añadí—: ¡Y tú también le quieres!

Ella suspiró y miró hacia otro lado.

—Tenemos que quererlo, aunque sólo sea por lo desdichado que es.

—No, mamá; no *tenemos* que quererle; le queremos porque sí... ¿Qué hace de malo? Si gasta dinero, gasta el suyo —mamá me miró con un gesto indescifrable—. Quiero decir que gasta el nuestro, que también es el suyo. ¿Y es por eso menos cariñoso y menos guapo? Déjalo que gaste, ¡que lo gaste todo! Cuando yo sea grande ganaré para ti.

Se levantó de mi lado sorprendida, asustada, como regida por una fuerte mano invisible, y se sentó en una butaca baja.

—¿Qué desatinos dices, Bichín? ¿Quién te viene a ti con esos cuentos? ¿Qué es eso de que tu padre gasta o no gasta?

—Todavía sé más; sé que no le quieren porque no va a la iglesia, y porque es de la sociedad de los que no creen en Dios, como el padre de los Cordal; y además te han dicho que le ven entrar algunas noches en casa de la Manoliña Mende...

—¡Calla, Bichín! —gritó con la voz rota y hundiendo la frente en las manos.

Salté de la cama, me arrodillé a su lado y la abracé por la cintura. Sentí los sollozos en mi sien pegada a su vientre. Luego le aparté las manos y me encaramé a su regazo, sintiendo la húmeda lámina de su pelo contra mi mejilla. No había podido nunca acostumbrarme al llanto de mi madre. Me producía una remezón interna, como una repentina fiebre en todas las vísceras. Además, el miedo que tenía a verla llorar me hacía presentir con toda exactitud el punto mismo en que su emoción se convertiría en lágrimas y hacía todo lo posible para que esto no sucediese. Pero aquel día sería poco el decir que no tuve esto en cuenta; más bien había provocado con secreta intención aquel insufrible llanto, sin saber con qué objeto, pero era así.

—¿Por qué lloras, mamá? Ahora ya no tienes por qué llorar... Por mí no tengas cuidado; nadie me llevará de aquí... Daré gritos, morderé las manos del que se atreva. Además, ¿quién puede separarme de ti? ¿Quién puede mandar que me separen de ti? ¿El tío Manolo? ¿Don Camilo? ¿Las tías? ¿Los que le han dicho a papá que se fuese? Conmigo no podrán...

—¡Qué sabes tú de esas cosas, hijo mío!

—Ya tengo ocho años, mamá —exclamé con un tono un poco resentido.

—Sí, hijo, sí; ya sé que tienes ocho años —dijo después de una pausa. Por primera vez aludía a mi edad como si se refiriese a una dolencia irremediable—. Lo mejor será que no hablemos más de esto. Dios dirá —concluyó, levantándose—. No comentes con nadie esta conversación y mucho menos con tus tías. Ya sabes que son capaces de armar una tempestad en un vaso de agua,

como si a ellas les fuese o les viniese algo en el asunto. Lávate, que voy a buscarte la ropa. Iremos a la misa de diez.

No dijo más y salió del cuarto con aquel andar deslizado, de menudos pasos y graciosa cadencia, que la hacía tan adorable, tan increíble, tan ser y no ser.

CAPÍTULO V

Un día de aquellos la tía Pepita entró en mi cuarto de estudio, con sus ínfulas de sirena, para anunciarme, entre los intolerables canutos de su voz, que iríamos inmediatamente a la aldea a visitar al tío Modesto. Era éste un hidalgo rural, hermano de mi padre, diez años más viejo que él, mujeriego, glotón y cazantín, con fama de hombre de honor y estricto caballero, aunque, eso sí, con códigos privados y, por veces, de interpretación difícil. Vivía, lo más del año, en su casona patrimonial, en el planalto de Gustey, abarraganado con una criada que contaba con heredarlo, pues tenía edad para ser hija suya.

Pasaba el tío Modesto temporadas en su casa de la ciudad, pero apenas venía a la nuestra, como no fuese por los onomásticos o por las fiestas de Corpus y Navidad. Últimamente, aun este género de visitas había ido raleando. Un día que me llevaba mi padre de paseo por la carretera de la Lonia, le encontramos y oí que le decía en un aparte: "La mosca muerta de tu mujer me impone más que un león suelto. Y como la quiero bien y tú eres un badulaque, no sé de qué hablar. Por eso no voy a veros".

Y efectivamente, cuando venía a vernos los días obligados, no era nada expresivo. Devoraba en silencio la pitanza de fiesta y se iba al casino, después de haber apenas refunfuñados unos cuantos sarcasmos sobre las gentes del pueblo y de haber deslizado alguna que otra indecencia sobre las de sotana, que no podía ver ni en pintura, pues era también incrédulo y masón.

No podía yo explicarme, pues, el motivo de la insólita expedición que me proponía mi inverosímil madrina y tía.

Parapetada en su silencio, me arrastró de una mano hasta mi dormitorio, abrió la cómoda, sacó de allí mi ropa, y sin volver la cabeza, echó a andar, diciendo:

—Te vestirás en mi cuarto. Baja ya.

"¿Qué pasará?", me decía entre mí. "Porque si aquel brutote estuviese gravemente enfermo, serían las personas mayores las que irían. ¿Qué tendré que pintar en el pazo del tío Modesto?"

Mientras yo me vestía en su gabinete, la tía, frente al espejo de la consola, se apretaba el corsé recogiendo el aliento en los altos del pecho. Dos veces le marró el intento de llegar al punto que se proponía, por lo cual yéndose a la alcoba y sujetando un asa del cordón a una bola de la cama y llamándome a mí para que tirase de la otra, logró completar la operación, luego de haber aludido, entre dientes, a una reaparición de los flatos que le dilataban el talle.

—Tía, ¿para qué vamos allá?

—Menos pregunta Dios y perdona —contestó recortando las hablas.

Mi tía era muy letrada y redicha, y tenía una maña singular para no responder nunca a derechas; por esa razón no me molestaba en interrogarla más de una vez. Poseer un secreto y gozarse en la ajena acechanza del mismo, constituía uno de sus deleites más pueriles y molestos. Hubiera sido muy fácil insistir en preguntarle el porqué de tan extravagante y repentino viaje, pero de antemano sabía la inutilidad de la averiguación, por lo que me reduje a no añadir palabra y a observarla mientras se vestía. Sin duda alguna no había tomado tal decisión sin la venia de mi madre; así que yo tardaría tanto en saber el motivo de la visita al tío Modesto como en verme un minuto a solas con ella.

Se puso un cubrecorsés de elástico listado en dos matices de rosa y luego, encima de la enagua, una saya bajera de satén de mucho ruedo y sobre ella una falda de paño en corte de capa, color canela claro, y por encima de las salientes del busto instaló las caudas de un tapante con catarata de entredoses color crudo y cuello alto, rígido, sostenido con ballenas. Y sobre todo aquel atuendo, una casaca, color solferino, con mangas de jamón, larga hasta las corvas, en cuya superficie gastábanse los ojos siguiendo los complicadísimos arabescos de la pasamanería.

Me hizo poner el pie sobre una banqueta y me repasó las punteras de charol con guturales vahos, terminando el pulido con una franela de cerote. Cuando la vi en aquella posición, inclinada y sumisa como esclava, tuve a flor de labio, saliéndoseme el ansia que me rebullía dentro, de aclarar tan absurdo misterio. Pero cuando ya estaba a punto de lanzarme, la tía, molesta sin duda por mi largo silencio, que ella sabía muy bien que no era resignación, exclamó, con su cháchara prolija y llena de distingos romanticones:

—Así me gustan los niños que se confían a los designios expertos de las personas mayores —y me miró con el rabo del ojo, mientras se embadurnaba de crema la nariz. Se empolvó luego con un gran borlón que esparció por el aire el familiar olor a visita que tenían para mi los polvos de arroz y se colocó, con infinitas precauciones, sobre sus altas cocas y añadidos, un canotier de paja de Indias con turbante de gasa y un velillo amaranto salpicado de lunares que le cubría el rostro hasta bajo el mentón. Mientras seguía acumulando arreos sobre las cúspides y socavones de su cuerpo, que ya empezaba a maltratar la grasa, sentenció, acanutada y refilotera:

—Ayer, durante la visita con que nos honró doña Blasa, dijiste algunas inconveniencias.

—¡Yo no dije nada! —corté de mal modo.

—¡No me repliques, sobrino! ¿Dijiste o no "esgarro", "excusado" y "juanete"? ¿No se te ha explicado hasta la saciedad, que se dice flema, inodoro y protuberancia, respectivamente? —y a continuación lanzó una tosecilla disimuladora de dos golpes, como hacía siempre al rematar una frase que ella creía de gran efecto.

Me puso agua de Florida en el tupé y me repasó las uñas con una manecilla de hueso. Coincidiendo con los últimos toques, sobrevino la criada Joaquina, con su arrugadísima cara de antepasado, enmarcada en su eterno pañuelo negro, para decirnos que el Barrigas, cochero alquilón de las familias de Auria que no arrastraban tren por su cuenta, estaba abajo esperándonos.

Pregunté por mamá y me dijeron que había ido a la misa, disculpa sin sentido alguno, pues era notorio —y buenos disgustos le causaba— que mi madre no transigía con ir a la iglesia más que los domingos y fiestas de guardar. Quise iniciar una protesta, pero

como, desde hacía algún tiempo, sucedían en aquella casa las cosas más raras, preferí entregarme a la fatalidad de los acontecimientos.

Nos encaramamos en el fiacre, que era de cesto con toldilla y cortinas de lona a franjas; el Barrigas sacudió unos trallazos sobre los pencos enmohecidos y se despegaron, por un instante, de las amatas, las moscas burreras, panzonas y obstinadas, mientras los caballejos empezaban a tamborilear sobre las lajas del empedrado.

Unos minutos después rodábamos por la carretera soleada y polvorienta. Del borde de las cunetas surgían los inmensos ramilletes de los cerezos en flor, con sus troncos de plata y la nube blanquísima de los pétalos con la entraña ligeramente acarminada.

Nos cruzamos con el coadjutor de Santa Eufemia del Norte, don Domingo, el *Pies,* montado en un burro y con un espolique que llevaba los hisopos y cruces del Viático, y nos persignamos en silencio. Luego pasó el sargento de la guardia civil, del puesto del Bellao, a la cabeza de cuatro números, llevando en medio una cuerda de presos esposados, entre los que iban dos mujeres, jóvenes aún, pero estragadísimas de aspecto.

Empezaba a picar el sol. Cuando los jamelgos iniciaron, con unos resoplidos insospechables en tan escueta anatomía, la ascensión de la cuesta de Cudeiro, mi curiosidad comenzó a estorbarme físicamente. Era como un escozor que me llevaba remegido en la badana del asiento bajo la mirada lateral de mi tía, que seguía todos mis movimientos con muda autoridad. Alcanzábamos ya los altos del repecho final donde la carretera forma una alta curva abalconada hacia el valle. Sobre un otero, el bronco pazo sillar de los Arteixo presentaba armas con el espadón desenvainado de su heráldico ciprés, frente al pórtico de losas enteras, en arco, como la baraja abierta en manos de un jugador, y con la clave ilustrada por el vuelo de plumajes y lambrequines de una enorme piedra de armas, también labrada en granito. En la solana, hacia el poniente, asomaban, puestos a madurar sobre los anchos balaustres, los calabazos cohombros como enormes farolones vegetales, brillando al sol la turgencia de sus lacas, azules, rosadas y verdegrises. Los pencos clavaban la herradura en los morrillos del último tramo de la cuesta y soplaban su disnea cada vez que el Barrigas aventaba un denuesto o descargaba un trallazo. Iba quedando abajo el valle de Auria, con

su lineal precisión y su gozoso color de cuadro primitivo. En los medios del cielo planeaban los gavilanes con quietud eucarística. A los lados del camino las parras en espaldera se empelusaban con el bozo blancuzco de sus primeros gromos o se extendían las *leiras* del maíz, en las que la brisa armaba un rumoroso navajeo de facas vegetales. A lo lejos, las cimas de Montealegre con su dolmen crucificado, y en la otra banda del valle el lomazo de Santa Ladaíña, pelado, ascético, con su solitaria ermita ventosa y su media docena de pinos cimeros, como la peina de un pavo real. Y más allá la sierra del Rodicio, sombría, violenta, como una rueda suplicial surgiendo entre una boira color cardenillo.

La tía exhibió una tosecica, con aflautada voz ajena, anunciando simbólicamente que iba a hablar, para lo cual se alivió de sofocos metiendo un dedo entre el cuello y la tira de terciopelo castaño en la que lagrimeaba un dije con turquesas. Pero no habló. Yo devoraba mi pañuelo y sentía ganas de ponerme a gritar. Bizqueó de nuevo hacia mí, sin volver la cabeza, apretando una sonrisa de increíble deleite. Luego suspiró haciendo subir la chorrera de encajes casi hasta el papo, y puso la mano en alero sobre la frente, con su conocido ademán de estar mirando algo atentamente. Yo me remegí como si me diesen alfilerazos en las nalgas, y la tía buscó los registros acontraltados para amonestarme, con sermoneo novelero:

—Sobrino, jamás serás nada si no aprendes a contemplar los panoramas de la Naturaleza —tosió luego, media docena de tonos más arriba, y tornó a poner la mano como visera, mirando a lo lejos, fruncida de labios y espetada de riñones, como una fofa materia vaciada en el molde del corsé.

En el comienzo del altiplano de Gustey, Barrigas pidió licencia y se fue a echar un vaso del tinto al mesón de la Társila, del que salía un olor apetitosísimo a peces de río fritos con aceite y pimentón, y volvió, a poco, chupándose los bigotes, con un caldero en la mano lleno de agua, que arrojó sobre la melancólica anatomía de las bestias.

En el instante en que nos quedamos solos iba yo a romper las bridas a mi desesperación con un grito enloquecido, capaz de perforar todas las capas del disimulo de mi tía, a la que plantearía, sin darle respiro, en escuetos términos, el asunto: o me decía a lo que

íbamos o me echaba a correr por la carretera abajo, de vuelta a la ciudad. Comenzaría por llamarle Pepa, a secas —nada la enfurecía más—, y luego le diría de un tirón todo el resto. Para mi conciencia más íntima aquello sonaba a claudicación. En esto, como en otras muchas cosas, yo sabía muy bien lo que convenía hacer, pero casi siempre hacía lo contrario. ¿Acaso no podía quedarme callado y esperar los acontecimientos, incluso gozándome en el gusto de su propia sorpresa? No, no podía. Y en aquel caso preciso, mi desdén por aquella tarasca y por sus ratimagos, lejos de ser una incitación a la prudencia, eran un estímulo para mi propensión hacia lo catastrófico. Por otra parte, también sabía yo que tal visita tenía, sin duda, un sentido mucho más válido que el capricho de aquella infeliz, que ni siquiera era mala, sino que entre su naturaleza y sus actos mediaba toda la complicada liturgia social, hecha de inverosímiles disimulos, y los repertorios de gestos de la vida provinciana, que no obedecían a otro sentido que a su propia condición ceremonial. Para quebrar las capas de su involuntaria farsantería había que saltar sobre su descuido y pisar allí con rápido alboroto a fin de no darle tiempo a volver por su gobierno. Y ya me disponía a la escandalera, consciente de su ridícula pantomima.

En el punto mismo de ordenar, en una rápida cavilación, la frase inicial del ataque, un golpe de sol apartó, como por magia, las veladuras que encubrían la ciudad y prendióse, allá abajo, entre el apeñuscamiento de las casas, a la cruz de la torre grande, que quedó luciendo en el aire como un pectoral de topacios colgado al pecho del cielo. Y con la imagen, me llegó el sonido solemne, lento, grave, de la campana mayor, anunciando el momento de alzar a Dios en la misa capitular. Apreté los labios y los puños atento a la admonición de mi ruda maestra, que me enviaba por los aires la lección de su impasible fortaleza, y me quedé repentinamente sereno, satisfecho, ablandado en una dulce languidez y abandono, en una misteriosa y cómoda aquiescencia, sin razones, a lo que tendría que ser.

Y sobre el tamborileo de las herraduras me puse a tararear, por lo bajo, una canción de la escuela, mientras la tía descabezaba un sueñecito, apoyada en el amontonamiento de libélulas talladas en el marfil del puño de la antuca, y con un hilillo de baba destilándose por un recanto de la boca.

CAPÍTULO VI

Resaltando de las tracerías de la puerta de hierro enteriza hasta lo alto del soportal, se veían las letras del Ave María en anagrama. Y en lo alto del arco rebajado, pomposas en su barroquismo de cantería, las del nombre del lugar: Quintal de doña Zoa, que era el nombre de mi bisabuela paterna. Un inmenso nogal, con argollas incrustadas en el tronco, para las caballerías de los visitantes y renteros, sombreaba el paraje; y, tallada en el muro que rodeaba toda la heredad, a la derecha de la entrada, había una fuente con dos delfines, de colas entrelazadas y bocas de sapo, que dejaban caer el agua en el pilón que servía de abrevadero.

Me fue permitido tirar de la cadena del llamador y oí cómo la campanita daba sus avisos cristalinos, allá en la corraliza de la casona. Produjose luego un chirrido de alambrados artilugios y la cancela se abrió silenciosamente, sobre sus goznes engrasados, obedeciendo a una mano distante.

Recorrimos el camino central, bajo la parra en túnel, bordeado de alcachofas y plantas de fresones; entramos en el pazo, sin haber visto a nadie, y ascendimos por la ancha escalera de piedra, que arrancaba del zaguán amplísimo, como un patio de armas. En el rellano, donde la escalinata bifurcaba en dos brazos su ancho señorío, se me aclaró gozosamente el misterio al ver a mi padre, esbelto, hermoso, con un batín de veludo color malva, y un tanto enmascarado con sus bigoteras de cañamazo sosteniéndole las sedosas y doradas guías del bigote. Se me iba dibujando lentamente, mientras ascendíamos, en las retinas todavía alampadas por la luz exterior, y fui descubriendo sus finas manos hidalgas, su boca roja

y adolescente, sus ojos de audaz cabrilleo verde y el tupé airosamente encrespado sobre la frente impulsiva. La tía se llegó a él, alzó en silencio su velo de tul y mi padre la besó en la mejilla y le dijo "gracias". Me pareció que ella se ponía demasiado pálida. Luego me cogió por los brazos y sentándose, sin soltarme, en el arcón que allí había, me atrajo hasta tenerme entre sus rodillas, sin dejar de llenarme los ojos con aquel chisporroteo de los suyos, y como bañándome de gozo en el resplandor de su sonrisa. De pronto me sacudió por las caderas y me dijo con un temblor casi ávido en la voz:

—¡Qué hay, caballerete! —yo aspiré su olor característico a piel sana, a cosmético y agua de lavándula y, sin contestar, le quité la bigotera, forzando el elástico sujeto a la oreja, y le besé en los labios, sintiendo a través de su pulpa los dientes firmes y parejos. Nos separamos un instante tomados de los brazos y volvimos a besarnos de nuevo. La Pepita, que detestaba lo que ella llamaba "esos transportes", zanqueó por la escalera arriba torciendo el morro y murmurando con blanduchería cubana, imitada de la tía Asunción: "¡Qué relajo!" Mi padre me llevó luego abrazado contra su pecho y yo le oía el corazón con sus dos golpes precisos, netos, seguros.

El tío Modesto tomaba "las once" —lo que solía ocurrir después de las doce, por la misma razón que la comida del mediodía se hacía allí pasadas las dos— abatido sobre un pernil de lechón fiambre y frente a un vasote de vino, de grueso cristal. Apenas me lanzó una mirada esquinera, contestando a mi saludo con un gruñido. En una de las ventanas que daban a un patio de labor, colgaban tres conejos despanzurrados, chorreando sangre, y un racimo de tórtolas con un aire inocente de señoritas estranguladas. Sobre el alféizar, que tenía de ancho todo el grosor del muro, un búho enorme, estúpidamente herido por vanidad de cazador, estaba echado sobre el lomo, crispadas las garras hacia el vacío, intentando un vuelo inútil con un ala desarticulada por la munición, caída a lo largo de las cales del muro, como un gran abanico barcino. Cuando se cerró la puerta tras nosotros, el avechucho renovó su protesta con chistidos furiosos, que tenían un no sé qué de helado, de maldiciente, de amenazador. Yo lo miré con miedo

y me vi tan envuelto en la acusación de sus ojos bellísimos que tuve que volver la cabeza.

Mi padre se sentó y me mantuvo sobre sus rodillas, sin parar de sonreír, dejando ver sus dientes de fuerte y fina perfección animal, y sus encías altas y rojas. De pronto exclamó, con un acento entre tierno y burlón, como siempre que aludía a cosas del sentimiento:

—Vamos a ver, Bichín, ¿quieres o no quieres a tu padre?

El rubor me subió, de golpe, a la cara escandalizado de que tal pregunta pudiera hacerse en presencia del tío Modesto, quien permaneció un rato sin alzar la cabeza de la presa, pero inmóvil, como esperando oír mi respuesta, para continuar luego con su crujir de mandíbulas y el ruido de los dientes raspando la ternilla del pernil, ya sobre el hueso. Mi padre comprendió el sentido de mi azoramiento por una rápida mirada mía hacia el hidalgo, y exclamó:

—No hagas caso de ése. Cuando traga tiene inútiles todos los otros sentidos.

El tío metió entre pecho y espalda, de una sola vez, el contenido del vasote, que era más de un cuartillo, y dijo, envolviendo las palabras en un saludable regüeldo:

—Saldrá tan canallita como tú... Tiene tus mismos ojos de vaina y los emplea de frente... como ese bicho —y se levantó para darle a morder el yesquero al gran duque, que chistaba, furioso, en el vano de la fenestra.

—¡No seas animal, Modesto, que asustas al pequeño!

Yo me ablandé de mimos, defendiéndome de aquel ambiente cruel, aplastando mi mejilla contra el pecho de mi padre. Sentí su maxilar apoyado en mi cráneo con firmeza protectora. Y casi en un soplo le dije, continuando nuestra conversación:

—Claro que te quiero mucho, papá.

—¿Más que a tu madre? —dijo con voz violenta de intención y opaca de timbre, como si quisiera no ser oído.

—Igual —contesté sin una duda.

—No puede ser. Se quiere más o menos.

—O se quiere diferente, zoquete —interpuso el tío Modesto dando una chupada al cigarro. Yo le agradecí en el alma la oportuna intervención, maravillado que tal distingo pudiera haber salido de aquella roma cabeza castrense. Luego, andando el tiempo,

vine a saber que otras muchas finuras se celaban tras aquel adusto talante y aquella fachenda brutal.

—Eso es, papá; te quiero igual, pero de otra manera —añadí con algo de miedo y tratando de sonreír, pues sabía yo que el carácter obstinado y simplista de mi padre no iba a mitigar sus demandas ante artificios más o menos sutiles.

—¡A ver, a ver, explica eso bien, que para algo te llaman "sietelenguas"!

—Demasiado me entiendes... Dejemos ya eso y dime para qué me han traído. ¿Me voy a quedar aquí?

—¿Tanto te pesaría quedarte con tu padre? ¿Ves cómo no le quieres?

—¡Déjate de decirle mariconadas al chico, y que se vaya a destripar nidos por ahí! —gritó el tío, con malhumor.

—¿Y a ti qué hostia te importa? ¿Por qué no te largas?

—Por mí que os zurzan a los dos —añadió congestionado.

Y al mismo tiempo abrió de un puñetazo la ventana y cogiendo al búho por en medio del cuerpo, sin preocuparse de sus aleteos y arañazos, gritó hacia el salido:

—¡Bricio, Bricio! ¿Dónde anda ese acémila? —se oyó abajo la voz de un zagal dando excusas—. ¡Tira eso a los perros! ¡Pero vivo, eh! Si lo matas antes, te breo a vergajazos... —y se oyó el golpe sordo del avechucho cayendo contra las losas. Luego salió del despacho cerrando la puerta de un golpe.

Mi padre, insensible a todo aquel horror, me miró flamante durante un rato, y luego, apartando los ojos de mí, dijo casi penosamente:

—Luis, tienes que escoger entre tu madre y yo.

¡Luis...! ¡Luis...! ¡Qué cosa horrible oír pronunciar mi nombre! No recordaba habérselo oído nunca a mi padre. Demorado en la punzante sensación de mi nombre en aquellos labios, como una apelación a nuevas y tremendas responsabilidades, no alcancé a entender, así de pronto, el significado de las palabras, como si se me hubiesen quedado un instante detenidas en el umbral del sentido. Las escuché luego en mi interior como un rebote de alarmantes ecos.

—¿Qué dices, papá? —grité desasiéndome de sus brazos y quedándome de pie frente a él, clavándole los ojos.

—Que te vengas aquí a vivir conmigo, o que te quedes de una vez y para siempre con tu madre. Yo no te reparto con nadie.

—¿Pero cómo quieres que deje a mamá sola?

—Tiene a tus hermanastros.

Me pareció una grosería indigna de mi padre oírle llamar a mis hermanos con aquella palabrota: ¡hermanastros! Adoraba yo a María Lucila y a Eduardo; y aun cuando su comportamiento, a raíz de las desavenencias de mis padres, había sido un tanto desapegado, no dejaba de quererles.

La situación estaba llegando a una tirantez tan insoportable que sólo pensé en irme y cuanto antes mejor. Y así, dirigiéndome hacia la puerta, exclamé:

—Quiero marcharme...

Se levantó de un salto y me cogió por un brazo.

—¿Qué es eso de *quiero,* mocoso? Tú harás lo que se te mande —dijo gritando, al borde de aquel terrible encolerizamiento que yo conocía tan bien y que era tan peligroso provocar. No obstante, insistí, dando un tirón:

—Yo me voy.

—¿A dónde, imbécil? —y me atenaceó más fuertemente el brazo.

Por vez primera sentía de aquel modo la mano de mi padre sobre mi cuerpo, aquellos duros y finos dedos mandones, animados por una antigua sangre de señor. Era una sensación de noble placer, a pesar del dolor físico, el sentirme dominado por una tan resuelta energía. Di todavía un tirón para acentuar el extraño y secreto goce y sentí las uñas de mi padre penetrando en mi piel a través de la sarga de la blusa, mientras le miraba a las pupilas de ancha franja verde, contraídas y brillantes. Permanecimos un momento en aquella dolorosa averiguación del alma a través de los ojos desafiantes. Su mano se fue suavizando poco a poco, y alzó la otra apoyándola en mi hombro izquierdo. Se acuclilló hasta mi altura, sin dejar de mirarme, mientras su rostro empezaba a ablandarse, hacia la sonrisa. Yo permanecí enfurruñado y duro de cejas.

—Creí que eras una *anduriña*[1], criado como fuiste entre faldas y ahora me resultas un *miñato*[2]...

1. Golondrina.
2. Gavilán.

—Soy hijo de mi padre.

—¿Quién te enseñó eso?

—Me lo dicen en casa, cuando hago algo mal.

—¡Fino enseño te da tu madre!

—Mamá nunca te nombra. Me lo dicen las tías...

—Buen atajo de brujas y gorronas.

—Mamá te quiere también...

—Calla, monigote —exclamó apartándose bruscamente de mí. Sacó la petaca y el librillo de hojas del bolsillo del pantalón sesgado sobre el muslo, a la paisana; lió la picadura con parsimonia que el temblor de sus dedos hacía difícil; batió luego el pedernal, alborotando un racimo de chispas, dio una chupada honda y exhaló el humazo azul por boca y narices.

—¡Ludivina! Trae una botella de tostado y unas lonchas de jamón —gritó, entreabriendo una puerta.

El vano de la ventana que daba a poniente se recortaba en el cielo luminosísimo, de un rojo blancuzco, como candente; zumbaban las moscas y se oía a lo lejos el quejido musical de los carros de bueyes, con su eje de abedul sin ensebar. Mi padre se quitó el batín y recogió las mangas de la camisa hasta el codo, dejando al aire los antebrazos espinosos de pelos duros y claros. Se asomó a la ventana, miró hacia abajo y gritó:

—¡Sujeta esa becerra, bárbaro! ¿No ves que se está crismando? Búscale el tábano ahí, en la entrepierna...

Y volviéndose de pronto hacia mí, continuó casi en el mismo tono:

—Tu madre no me entiende, ¿sabes...? Uno tiene sus cosas... Ya comprenderás estos fandangos cuando seas mayor. ¡No me entiende! Yo quiero que, si hago alguna burrada, me griten. No quiero caras de mártires ni llantos por los rincones. Uno tiene sus cosas, ¡qué caray! Pero lo cierto es que yo nunca le falté. Todo hubiera podido evitarse si no se metieran a hozar en lo que no les importa toda esa patulea de cuervos y brujas... Bueno, pero el caso es que yo nunca le falté. Porque una cosa es hacer burradas y otra faltar...

—Tú le pegaste —dije sin levantar la voz, como pesándome.

Mi padre se quedó blanco como la cal del muro. Detuvo en seco los agitados paseos con que acompañaba su monólogo y se

vino hacia mí con andar pausado y perniabierto, como de borracho. Al pasar por el rectángulo soleado de la ventana la luz resbaló por los canutillos de la pana del pantalón, con un rápido temblor metálico. Se detuvo frente a mí alzando y bajando la cabeza y dijo luego, con tono entre humillado y dolorido:

—¡También tú sabes eso, hijo mío! ¡También te han dicho eso! —sacó las manos del bolsillo y gritó, apretando los puños—: ¡Criminales, brutos, criminales!

La criada Ludivina se detuvo en el umbral con el asombro titilando en sus iris de agua, transmitiendo su temblor a los enseres de la bandeja que traía. Mi padre le dijo secamente:

—Deja eso ahí y dile a Pepita que venga.

Salió despavorida la sierva y yo me fui hacia mi padre abrazándole por la cintura.

—¡No, papá, no! ¿Qué vas a decirle a la tía?

—¡Brutos, criminales! —repetía con mi cabeza apretada entre sus manos.

—¡No le digas nada, papá!

—¡Criminales, sucios...! ¡Echar así estiércol en el corazón de una criatura...!

Me levantó con un movimiento brusco y me apretó la cara contra la suya. Mi cuerpo bamboleó sobre su hondo respirar y entre nuestras mejillas resbaló algo tibio y cáustico. ¡Mi padre estaba llorando! Me acometió un ahogo repentino, como si una esfera de plomo se me hubiese atascado en la garganta. Metí a la fuerza una bocanada de aire y de un tirón la devolví, con un sollozo que era casi un grito:

—¡Papá, papá! —rodeé su cuello con mis brazos como si quisiera meterme en su carne, y hubiese deseado que en aquel momento la sangre tendida asomase abruptamente por algún sitio de mi cuerpo. Yo no tenía lágrimas para decirle hasta qué punto lo adoraba y cómo me parecía razonable, aunque no pudiese explicárselo, todo lo que sucedía, por el solo hecho de que él fuese el causante.

Mi padre se volvió hacia la ventana y me hizo recostar la cabeza sobre su hombro, para que no le viese limpiarse los ojos. En este desdichado momento apareció Pepita, enfundada en una bata de céfiro lila y con un pañizuel de guipur atado flojamente sobre

las aéreas cocas. Se detuvo en la puerta, tosió en la ajena tesitura, como siempre que se disponía a afrontar el diálogo, y exclamó, varios tonos más abajo:

—¿Me requerías, cuñado? No vine antes porque esperaba a que terminase el idilio —añadió con ironía cursilona. Mi padre dijo, sin volverse:

—¡Vete a la mierda!

—¡Jesús! —cacareó la tía, con subido gallo de síncope.

—Tú y el aquelarre de tus hermanas y parientes... ¡Todos a la mierda!

—¡Cuñado! —alborotó con desgarrones en la voz—. ¡Olvidas los respetos que me debes...! Jamás de los jamases hubiese creído que una pasión de ánimo...

Su voz se rompió como un flautín de caña, y se apoyó luego con la mano muy alta en la jamba de la puerta, como preludiando un desvanecimiento.

—Papá —le dije al oído—, le va a dar algo a la tía —se volvió y le dijo secamente:

—Si te desmayas sales por esa ventana a dormir la cursilería en el corral, con los cerdos —la tía recompuso de un golpe sus flaccideces, se encuadró teatralmente en la puerta y declamó, con prosa de novelorio y voz entera:

—¡He sido ofendida en mis fibras más íntimas! ¡Que avisen al Barrigas! Ni un momento más aquí...

Y con la misma dio la vuelta en redondo y se fue por el corredor muy tiesa, a largos y acompasados trancos, ligeramente genuflexos, pinzando con dos dedos de la mano derecha los delanteros de la bata y con el dorso de la izquierda apoyado en la frente.

Mi padre me puso en el suelo, me alisó el pelo con la mano y dijo calmosamente:

—¡Vamos a comer, Bichín!

CAPÍTULO VII

Siguieron tres días de tupida llovizna abrilera en los que no se pudo salir de la casona. Relucían los prados a lo lejos, en las caudas de las colinas, como láminas de cristal verdiamarillo iluminadas por debajo. Descendía por las *corredoiras,* roto en hilos de azogue, desbordado, el regato de las Zarras, y después de hundirse en los blandos céspedes de un soto de castaños, en los bajos del pazo, juntábase en un caz de más formal andadura, tapado casi por los helechos espesísimos, por las matas de malvela y las varas de la digital con sus altos sistros de campánulas purpúreas y barbadas y sus hojas anchas como lenguas lanosas y frías. En la linde del paredón, donde acababa la huerta y empezaba la dehesa, salía al paso del riacho un molino de rodicio vertical que alegraba aquellas sumergidas horas con el ritmo bailarín de su tarabilla, antigua inventora de coplas y de danzas.

La llovizna de espesos vapores daba a todo un aire fantasmal y pesimista. Y cuando el sol metía su lanzón repentino, para iluminar una escenografía de boscajes, parecía anunciar la irrupción de algún genio desaforado, harto ya de tanta modorra y dispuesto a terminar con aquel adormilado pespunteo de agujas grises sobre las encantadas luces del mundo.

Fueron unos días para mí muy fatigosos y tristes. Al final de ellos sentía los huesos del pecho como resortes apretados contra el corazón, como si el costillar del lado izquierdo tuviese sus curvas hacia adentro.

El tío Modesto extraía, de pronto, de entre los filos y mazazos de su habitual ordinariez, unas delicadezas tan impropias en él que